LA FLOR DE LA VIDA

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction, réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1910, by S. y J. Álvarez Quintero.

LS
A4738fl

SERAFÍN y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

LA FLOR DE LA VIDA

POEMA DRAMATICO EN TRES ACTOS

Estrenado en el TEATRO ODEÓN, de Buenos Aires, el 23 de Junio de 1910

TORONTO LIBRARY UNIVERSITY
167350.
16.11.2

MADRID
IMPRENTA DE REGINO VELASCO
1914

TORONTO LIBRARY
UNIVERSITY

A Currita y María
Álvarez Quintero

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ÁUREA.....	María Guerrero.
CELLINI.....	Fernando Díaz de Mendoza.

ACTO PRIMERO

Frondoso paraje en las inmediaciones de Solar de la Montaña, humilde cuanto heróica ciudad del Norte de la Península española. Al fondo, entre los árboles, se adivina el mar, que refleja el sol de la tarde. Del primer término de la derecha del actor hacia el segundo de la izquierda, un arroyuelo tortuoso atraviesa el recinto, entre grandes piedras, que sirven de asientos naturales.

La acción es a principios del siglo XIX y en el mes de Mayo.

—

Dentro, no muy lejos, óyese cantar a ÁUREA, acercándose, la canción siguiente:

Aurea. El viejo limosnero
de esta mañana,
en un corro de gentes
así cantaba:
—Entre espinas y entre flores,
entre risas y dolores
yo siempre fuí:
lo mejor que hallé en mi senda,
de mi vida como ofrenda
yo os traigo aquí.
Para los niños un anhelo,

para las mozas un amor,
para los hombres un consuelo,
para los muertos una flor.

Sale. Es hija de los Duques de la Fontana, señorones de noble estirpe, ricos en hacienda, y que no obstante lo puro y limpio de su escudo y lo repleto de sus arcas, tienen sólo en su hija riqueza que vale por todas las demás. Linda, gentil, inquieta, ardiente, soñadora; de charla clara y abundante, espontánea y sencilla; de risa fresca, pronta y fácil; de singular delicadeza y finura, y graciosamente enamorada de su persona. Esta es Áurea. Trae un manojo de flores campestres.

¡Ay! ¡Bien haya el viejo limosnero que así cantaba! Llamando y mirando hacia la derecha. ¡Don Leandro! ¡Don Leandro! ¡Por amor de Dios, deje ya las hormigas dichosas y véngase aquí a hacerme compañía! ¿Es que no valgo yo por todo el hormiguero? ¡Véngase aquí!... Nada: como si no fuera con él. Es de cal y canto.

Volviendo a la canción.

Para los niños un anhelo,
para las mozas un amor...

¡Don Leandro! ¡Mire qué lagarto me ha salido al encuentro y va a comerme! Inútil. Cuando está siguiendo a una hormiga, ya se puede juntar el cielo con la tierra.

Terminando la canción empezada.

...para los hombres un consuelo,
para los muertos una flor.

Prefiero que me acompañe en estos paseos el padre Gonzalito. Él me recitará siempre su oda en latín a Carlos IV, pero luego oye con atención cuanto a mí se me antoja decirle. Que no suele ser poco. Y esta tarde yo quiero hablar, y ese pasmarote... Y quiero hablar, quie-

ro hablar, necesito hablar... ¿Con quién hablaré yo, Dios mío? Gritando. ¡Eco!... ¡Eco!... No me sirve: nò hace más que repetir mi voz. Si de entre estas piedras saliese, como en los cuentos, un enano, ¡qué gusto hablar con él! Pero ya lo puedo esperar, que no sale. Mirándose en el agua del arroyo. ¡Ay, qué bien! Parece que estoy dentro del agua. El cielo y yo. ¡Qué bonita me veo! En el fondo, el cielo; en lo alto, el cielo; y en medio de los dos cielos, mi persona. Toda mi persona: los pies, la falda, la cintura, el pecho, los brazos, las manos, los cabellos, la cara... A la imagen que copia el agua. ¡Fea! Se ríe. ¡Dios mío, si me oyese el padre, que dice que el propio elogio es vanidad, y la vanidad es pecado!... Pero no; no me oye el padre. ¡Qué más quisiera yo! Hablaría con él, si me oyera. Y el gusto de hablar me endulzaría el amargor del récipe. Ni me oye el padre, ni sale el enano, ni siquiera pasa piando un pajarito... Sólo escucho allá lejos el rumor del mar.

Canta otra vez completa la canción del viejo limosnero. Dentro, hacia la derecha del fondo, se oye preguntar a Cellini.

Cellini. ¿Quién canta?

Aurea. ¿Eh?

Cellini. ¿Quién canta por aquí?

Aurea. ¿De dónde me hablan? ¿De quién es esa voz? ¿Será el enano de estas piedras? A nadie veo. Mirando hacia el fondo. ¡Ah, sí! De entre esos árboles sale un hombre. Y no es enano, no. Bien venga, para hablar conmigo, sea quien sea. Pero ¿cómo Ramón el guarda lo dejó entrar en el cercado?... No lo habrá visto. Yo me alegro. Y don Leandro sigue que te sigue a su hormiga. Mejor para mí. ¡Qué despacio viene el aparecido! Y es joven. Y apuesto. Se acicala y retoca; vuelve a mirarse en el arroyo, y espera en silencio a que llegue el aparecido.

Sale CELLINI. Es un mocetón erguido y fuerte que viste con humildad y modestia. Sus ojos están fijos en el espacio. Se apoya en un bastón hecho de una rama desnuda.

Cellini. ¿Hay alguien en este lugar?

Aurea. Sí.

Cellini. ¿Quién?

Aurea. Yo.

Cellini. Mujer parece.

Aurea. Pero ¿no me ves?

Cellini. No.

Aurea. ¿Eres ciego?

Cellini. Ciego soy, por mi desventura.

Aurea. Acercándosele. ¡Qué pena! Es ciego. No me ve. ¡No puede verme! Dice esto con la tristeza de quien cree que no ver su hermosura es la mayor desgracia de la tierra.

Cellini. Me he perdido en la maraña de este bosque y quisiera dar con el camino real que lleva a la ciudad, para estar en ella antes que el sol se ponga. ¿Estoy muy lejos?

Aurea. No; muy cerca.

Cellini. ¿En qué sitio estoy?

Aurea. En un cercado de los Duques de la Fontana.

Cellini. ¡Ah! ¿Eres tú Mariuca, la hija del guarda del cercado?

Aurea. ¿La conoces tú?

Cellini. No; pero mucho hablan de ella los mozos mis amigos.

Aurea. Conteniendo la risa. Pues sí, Mariuca soy.

Cellini. Buen encuentro he tenido. ¿Quieres tú guiarme al camino real, Mariuca?

Aurea. ¡Ya lo creo! Ven. Dame la mano.

Se la da Cellini y al tocar la de Áurea, estremeciéndose, la retira.

Cellini. ¡Oh, no! Tú me engañas: tú no eres Mariuca.

Aurea. ¿Por qué lo dices?

Cellini. Porque no es tu mano la de una pobre.

Aurea. Pues sí soy Mariuca; sino que mi padre sueña en casarme con un hidalgo y no quiere que yo labre la tierra, sino que me perfile y componga como una señorita para merecerlo.

Cellini. Ya...

Aurea. ¿Dudas aún?

Cellini. No. Cuando así me lo dices... Guíame, ya que eres tan buena.

Aurea. Al camino real se sale muy pronto. ¿Llevas gran prisa?

Cellini. Alguna llevo. El temor de impacientar a mis padres, que se alarman si no vuelvo a casa antes de la noche.

Aurea. La noche tarda todavía.

Cellini. ¿Tarda?

Aurea. Sí. Para ti siempre es noche, ¿verdad?

Cellini. Siempre.

Aurea. Siéntate a descansar un poco. Quiero hablar contigo.

Cellini. Y yo contigo, Mariuca. ¿Dónde he de sentarme?

Aurea. En estas piedras. Ven aquí.

Cellini. Después de sentarse. Dios te pague el favor y la compañía.

Aurea. Y a ti la charla. ¿Naciste ciego?

Cellini. No. Perdí la vista a los cinco años.

Aurea. Entonces...

Cellini. Sí: conozco las formas y los colores de las cosas. Sé que el mar es inmenso, y el cielo azul, y las estrellas blancas, y los campos verdes... y las rosas como la mano que me diste.

Aurea. ¿Como mi mano es tu recuerdo de las rosas? Recreándose en ella. Todavía no le debo una flor así a ninguno de los que pueden verla.

Cellini. Dime, Mariuca: ¿eres tan bonita como es fama?

Aurea. Yo no sé... no entiendo... Así para asustar a los niños dicen que no soy.

Cellini. Pero ¿a ti qué te dice el espejo cuando te ves en él de frente?

Aurea. Me dice... pues me dice que busque otro espejo para mirarme de perfil. Se ríen. Pero más que en los espejos de casa suelo mirarme en este arroyito a cuya orilla estamos.

Cellini. ¿Y el arroyito te habla también?

Aurea. También.

Cellini. ¿Y qué te dice?

Aurea. De la mano, lo mismo que tú: parece ciego.

Cellini. ¿Cómo son tus ojos, Mariuca?

Aurea. Negros son.

Cellini. ¡Negros! ¡Los más bellos de todos!

Aurea. ¿Qué sabes tú? A la edad en que dejaste de ver, ¿quién distingue de la belleza de los ojos?

Cellini. Yo. Eran negros los de mi madre.

Aurea. ¿Cómo te llamas?

Cellini. Cellini.

Aurea. ¿Cellini? ¿Eres tú el Cellini famoso? ¿El hijo de la mesonera?

Cellini. No. El famoso, como tú le nombras; el loco, como le nombra todo el mundo, es un hermano mío: Berto.

Aurea. ¿Berto?

Cellini. Berto, sí.

Aurea. Ya. Cuentan de él tantas aventuras...

Cellini. Y las que han de contar aún.

Aurea. Dicen que un día se vistió de fraile y se fué a predicar a una aldea, donde movió tremendo revuelo. ¿Es así?

Cellini. Así es. Cuando se enteró el alcalde de la superchería, lo quiso meter en la cárcel; pero la plática, que fué sobre el amor, había cautivado tanto a las mozas y a los mozos del pueblo, que no sólo impidieron que el alcalde llevase adelante su designio, sino que le dieron al fraile contrahecho una comida y una serenata.

Áurea suelta la risa.

Aurea. ¡Eso está bueno!

Cellini. Ha cometido mil diabluras. Le seduce fingirse otra persona, sea quien fuere, porque dice que no está contento con ser un hombre solo.

Aurea. Pues ¿qué quiere ser?

Cellini. Quiere valer y servir por veinte hombres. Él se lamenta de esa falta explicándonos que con su fantasía está en mil sitios a la vez, y con su cuerpo nada más que en uno. Y esto le desespera.

Aurea. Pues sí que es loco. ¡Un hombre que quiere ser veinte hombres distintos! ¿Tiene novia tu hermano?

Cellini. ¿Por qué lo preguntas?

Aurea. Porque si es celosa... ¡pobrecita! ¡con el novio en veinte partes a un tiempo... y ella sin verlo más que en una! ¡Jesús!

Ríe Cellini.

Cellini. Son imaginaciones y disparates suyos. Desde muy niño fué tan fantaseador y alocado. Mis padres pusieron empeño en educarlo bien, y él se prestaba mucho a ello. Devoraba cuanto libro caía en sus manos: de historia, de geografía, de viajes, de inventos, de poetas... A mí, como no puedo leer por mis ojos, me lee mil novelas y farsas de entretenimiento. Y a veces, cuando el desenlace que les da el autor no va bien con sus gustos, o con lo que él ya se ha forjado, lo cambia a su capricho y me lo lee como si así estuviera escrito e impreso. Días pasados, leyéndome la historia de los amantes de Teruel, que yo conocía, la terminó casándolos cristiana y santamente. Me quedé con la boca abierta.

Aurea. ¡Qué hombre!

Cellini. ¿Tú estás aquí sola, Mariuca?

Aurea. No.

Cellini. ¿Quién está contigo?

Aurea. A alguna distancia pasea a mi cuidado el ayo de mi hermano mayor, don Luis. Sino que en vez de andar a mi cuidado, anda al de las hormigas. Va a componer un gran estudio de ellas, ¿sabes? refiriendo

cómo viven en el invierno y en el verano, y las batallas que tienen entre sí... y hasta los disgustos de familia. Y en cuanto ve una hormiga que se le figura preocupada o singular por cualquier estilo, o que tiene la cabeza más gorda que otra que vió ayer, la sigue al fin del mundo. Cree que las hormigas son tan sabias como los hombres. Y a mí me amenaza diciéndome que ellas le cuentan todas las picardías que hago a espaldas de él. Yo tengo para mí, Cellini, que está más loco que tu hermano. ¿De qué te ríes?

Cellini. De considerar la privilegiada educación que Ramón el guarda de este cercado les da a sus hijos.

Aurea. Comprendiendo. ¡Ah!

Cellini. Te educa a ti para un hidalgo, y a tu señor hermano don Luis le pone ayo a su servicio. ¡Sí, mi señorita doña Mariuca, que es un grande hombre don Ramón el guarda!

Aurea. Riéndose. ¡No sé mentir! Me descubrí en seguida. Como me preguntaste si era Mariuca, te contesté que sí para inspirarte confianza. Discúlpame el engaño. Acostumbrado a los del fraile tu hermano, este mío te parecerá pueril e inocente, ¿no?

Cellini. ¿Cómo no? Pero, dime ahora; si no eres Mariuca, ¿quién eres? La verdad.

Aurea. La verdad: soy Áurea.

Cellini Se levanta y se quita el sombrero respetuosamente. ¡Áurea! ¿La hija de los Duques de la Fontana?

Aurea. La misma. Pero, siéntate, bobo.

Cellini. Perdón; no pude nunca sospechar... .

Aurea. ¿Perdón de qué? Siéntate, Cellini. Continuemos hablando como hasta aquí.

Cellini. No, no, señorita Áurea; temo incurrir en el enojo de...

Aurea. ¿De quién? ¿De don Leandro? Don Leandro no se ocupa de ti. Ni de mí tampoco. Le basta y le sobra con su hormiguero. Volviéndose hacia la derecha. Ahora

mismo no sé ni dónde anda. Espera, voy a ver... Da unos pasos y mira como tratando de divisar al buen señor.

Cellini. ¿No parece el ayo, señorita?

Aurea. Sí; allí está. ¡Sólo que va a gatas! ¡Ja, ja, ja! ¡Si vieras tú, Cellini, te reirías como yo! Siéntate.

Cellini. No puedo, señorita Áurea. Me domina una gran turbación desde que he sabido en presencia de quién estoy. ¡Áurea! ¡La hija de los Duques de la Fontana! En todo Solar de la Montaña, y yo pienso además que en todo el mundo, no hay boca que no pondere su belleza, a ninguna otra humana comparable... Yo por mí juro, que si tengo a gloria haber visto en mis años de niño, es porque habiendo visto alguna vez, me es dado ahora forjar su imagen dentro de mí, tan bella como la pintan todos... como una luz de oro en estas tinieblas en que vivo... ¿Áurea?

Aurea. Aquí estoy, Cellini. Sigue hablando.

Cellini. ¿Para qué?

Aurea. Porque me gusta oírte. Toda la luz que falta en tus ojos, tienen para mí tus palabras.

Cellini. ¿Sí?

Aurea. Sí. Jamás las escuché más claras, más alegres, más bonitas... Sigue hablando.

Cellini. ¿Lo quiere usted?

Aurea. Lo quiero. Pero vuelve a llamarme de tú; como cuando creías que yo era Mariuca.

Cellini. ¡Oh! Eso no.

Aurea. ¿Por qué no? Si es preciso, lo mando.

Cellini. Como mandato, ya lo acepto. Por servirte, Aurea, eso y cuanto me pidas.

Aurea. ¿Tanto soy para ti?

Cellini. Tanto eres. Todos los hombres llevamos en el alma una quimera, un ensueño, reflejo acaso del misterio divino en que ninguno penetramos; luz increada del espíritu, cuyo resplandor ideal nos da horas felices. Pues bien: mi ensueño, mi quimera, toma dentro de mí

a forma bella de tu ser, porque no concibo ninguna más alta y luminosa. ¿Comprendes ya, Áurea, todo lo que eres para mí?

Aurea. Y a dicha lo tengo, Cellini. Porque nadie me dijo nunca cosas tales. ¿Dónde y cómo las aprendiste? ¿Quién te las enseñó? ¿Qué has puesto en tus palabras que así me conmueven? ¿Qué hay en ti que me hace temblar? Te confieso, Cellini, que parece que me revolotea un pájaro dentro del pecho. ¡Qué dolor que tus ojos no vean!

Cellini. ¿Sufres por ello tú?

Aurea. Sufro, sí. Un dolor infinito, Cellini; un dolor angustioso, nuevo, no sentido hasta ahora; un dolor muy del alma... ¿Por qué, si me ven todos, tú no me ves?

Cellini. Áurea, yo no quiero que por mí sufras: yo te veo.

Aurea. Absorta. ¿Eh? ¿Qué dices?

Cellini. Que mis ojos no son ciegos, Áurea, y que si lo fueran, al sentir que por su causa lloraban los tuyos tan hermosos, verían con nueva luz. Te veo, Áurea, te veo.

Aurea. ¿Me ves? ¡Ay, Dios mío! Huye de él.

Cellini. No grites, no te asustes.

Aurea. No grito, no. Pero asustarme... ¡vaya! ¿Qué milagro o qué farsa es esta? ¿Quién eres tú?

Cellini. Cellini el loco.

Aurea. ¿El loco?

Cellini. Sí. Cellini el ciego no es más que una ficción de Cellini el loco.

Aurea. ¿Y quién te trajo aquí? ¿A qué viniste?

Cellini. A hablar contigo, Áurea. Fingí la ceguera porque un ciego siempre inspira piedad... A un ciego siempre se le escucha y se le acompaña.

Aurea. ¿Y qué tienes tú que hablar conmigo?

Cellini. Tanto tengo, que nunca acabaría.

Aurea. ¿Nunca?

Cellini. Nunca. Y sólo cuento con estas horas, con este azar.

Aurea. Pues ¿qué quieres decirme?

Cellini. Ni yo mismo lo sé. Todo y nada. Todo, por lo que siento; nada, por lo que puedo esperar.

Aurea. Cellini, yo no sé qué hay en ti, qué misterio envuelve tus palabras, que te oigo desconcertada y confusa. Y, a pesar de ello, cuanto más te oigo más deseo oírte. Sentía esta tarde, antes de llegar tú, anhelo de hablar, de hablar mucho, de hablar con quien fuera: con los árboles, con el cielo, con el arroyo, con el mar... Y has llegado tú... y me has dicho esas cosas... y ya no quiero más que oírte. Cellini, ¿de cierto eres Cellini? ¿O me engañas ahora también?

Cellini. Ahora, no. Berto Cellini soy, Áurea. Y ojalá fuese el hijo de un gran señor u ojalá fueses tú Mariuca.

Aurea. ¿Por qué? ¿No es más gracioso vernos en esta confianza siendo lo que somos? A mí me interesas tú porque eres Cellini. ¡Si yo quería conocer a Cellini el loco! ¡Oh! Si fueras el hijo de un gran señor, no estarías aquí poco menos que a solas conmigo. Estaríamos en mi casa, en la sala de estrado, muy tiesos y muy circunspectos los dos, viendo jugar al ajedrez a los señorones y a los frailes tomar chocolate laborado en mi propia casa; oyendo a mi padre celebrar con orgullo las hazañas de los parientes muertos, y a mi madre ponderar a las buenas monjas en cuyo convento crecí y que me enseñaron a escribir y a leer y me infundieron el temor de Dios y del mundo. En cambio, Cellini, tú, sin temor de nada, penetraste aquí, donde a nadie se deja entrar; burlaste al guarda, te fingiste ciego, llegaste a mí, conseguiste mi simpatía, me hablaste en lenguaje nunca oído, llenaste de revelaciones poéticas mi soledad... ¡Oh! Yo, esta tarde, prefiero no ser Mariuca... por que tú seas Cellini.

Cellini. ¡Bien haya Cellini, que así es recibido por ti! Y pues sólo esta tarde hemos de hablarnos en la vida, hablemos, Áurea, hablemos.

Aurea. ¿Esta tarde no más?

Cellini. Y cuéntalo por un milagro. Mañana, Áurea, en lugar del ayo vendrá contigo el frailé, vigilará el guarda y no entraré... Diles tú a los Duques de la Fontana que quieres hablar con el hijo de Rosaura la mesonera, con el pobre hijo de Cellini el músico, que toca el órgano en Santa Marina, y a buen seguro que crecrán que eres loca y te observarán con el mayor cuidado. Naciste muy alta; muy bajo yo. No importa que sienta alas en mi espíritu para pasar las nubes: mis alas no se ven. Ni quiero ni debo trastornar tu alma y tu vida. Muy pronto, según dicen, llegará de tierras andaluzas el esposo que tus padres los duques te buscaron entre sus iguales. No hablaremos más que esta tarde, Áurea.

Aurea. ¿Me conoces hace mucho tiempo, Cellini?

Cellini. Sí; desde niño.

Aurea. ¿Desde niño?

Cellini. El día de la romería de la Fontana te vestían tus padres de pescadora, a la usanza de la gente humilde, y te llevaban a la ermita, donde se te adoraba más que a la Virgen de los pescadores. Eras tú, para los niños pobres de aquel tiempo, regalo del cielo, criatura misteriosa de origen divino que los fascinaba con su presencia. Uno de tantos niños fascinados fuí yo.

Aurea. ¿Tú? No me acuerdo.

Cellini. El último año que te llevaron los duques, escogí del campo las flores más lindas que hallé en el camino y formé un ramo con todas ellas. Al pasar tu carroza te lo ofrecí, y tus padres mandaron detener su marcha y me hicieron subir al lado tuyo. Yo, tan decidido al emprender mi aventura, me asusté de ella al verme allí. No sabía hablar, ni reír, ni respirar apenas...

Sólo sabía mirarte. Al llegar a la ermita me dijeron que te diera un beso.

Aurea. ¿Y me lo diste?

Cellini. Sí.

Aurea. ¡Qué pena! No me acuerdo.

Cellini. Besé en tu carita con mis labios de niño pobre, y con superstición de devoto besé tu faldilla de pescadora. ¡Oh, qué día aquel para mí! En él fuí tocado de la gracia de lo divino, que desde entonces le presta a mi alma estas alas para volar. Y aquella noche tuve insomnio, y sed, y fiebre; y veló mi madre al pie de la cama. Y yo charlaba, deliraba; quería ser hombre, soldado, héroe, rey...

Aurea. ¿Y qué más Cellini? Cuenta; que tu cuento me sabe como ninguno.

Cellini. Pues te diré ahora lo que más me importa decirte. Mañana dejo estas tierras benditas y estos campos verdes y estos montes azules en donde corrió mi niñez. Mi vida aquí ya no tiene objeto ni oriente. Por el mundo me voy con ambición de conocerlo. En mi corazón de niño sembraste el germen de este amor que hasta ti me trajo este día...

Aurea. ¿Amor has dicho?

Cellini. Amor es esto. Loco, por ser mío; bello, por inspirarlo tú; puro, por imposible. Tu vida será de algún hombre que acaso te merezca, o de alguno que esté muy lejos de merecerte; pero al marcharme yo de Solar de la Montaña, no quiero llevarme este secreto. La confesión que te hago es sin duda tan infantil y candorosa como lo fué el beso que te di en la ermita de la Fontana; pero ¿por qué marcharme sin hacértela? ¿Por qué no has de saber tú, Áurea, siquiera valga para ti lo que un cuento referido al hogar por una vieja, que has sido y eres la loca ilusión de mi espíritu? Sábelo, sí: sabe que te adoré en silencio; que llenaste mis horas de adolescente; que una mirada tuya recogida al azar

era para mí el sol de un año entero; qué rondé cien noches los muros del convento en que te encerraron tus padres y los de tu casa cuando a ella volviste; que robé flores de tu jardín; que con sólo haberte visto en el mundo, doy por buena y dichosa la vida.

Aurea. ¿Y qué más, Cellini, qué más?

Cellini. ¿Eh?

Aurea. ¿Qué?

Cellini. Silencio: disimulo.

Aurea. ¿El ayo?

Cellini. Sí.

Aurea. Contrariada: con candoroso enojo. ¡Ah!... ¿Qué hormiga le habrá contado esto?

Cellini. Volviendo a la inmovilidad de sus ojos. ¿Dice usted, hermana, que hacia la izquierda por aquí adelante hay una vereda que puede llevarme al camino real?

Aurea. Sí, sí. Pronto dará usted con la caseta del guarda, y él lo guiará. Como hablando con el preceptor. ¡Es un pobre ciego, don Leandro, que se ha extraviado en su camino! Como respondiéndole. ¡Yo no tengo la culpa! ¡Ya sé que hay un letrero, pero como es ciego, señor, el infeliz no ha podido leerlo!

Cellini. ¿Quién es? ¿Quién habla allá lejos, señorita?

Aurea. No haga usted caso, hermano. Venga por aquí. Le da la mano y lo conduce hacia la izquierda, por el primer término. Observa. Forzoso es separarse.

Cellini. Para siempre.

Aurea. ¡Para siempre!

Cellini. Sí. Así lo quieren la vida y los hombres. Ni para mí naciste, ni para ti yo. Pero tal vez entre nuestros espíritus, quede un beso constante y eterno. Adiós, Áurea.

Aurea. Cellini, adiós. Otra vez al ayo. ¡Ya voy, don Leandro, ya voy!—Ande el ciego camino adelante norabuena, y ojalá pronto vean sus ojos lo que quieran ver.

Cellini. Lo que habían de ver los ojos del ciego, lo vieron ya. Desaparece.

Aurea. ¡Ya voy, señor, ya voy! Encamínase perezosamente hacia la derecha, sin dejar de mirar hacia el otro lado. ¡Qué sueño!... ¡Qué aventura!... ¿Soy yo la misma? ¿Soy yo la que era? ¿Esta tarde no se pone el sol? ¿Qué estaba yo haciendo cuando vino ese hombre? ¡Ah, sí!... Quería hablar... cantaba...

Para los niños un anhelo,
para las mozas un amor,
para los hombres un consuelo,
para los muertos una flor.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salita en una quinta de recreo en Sevilla y en la margen del Guadalquivir. En el foro hacia la derecha, una puerta, y hacia la izquierda una ventana, por las cuales se ve un jardín que alumbra la luna.

Muebles severos y finos. En las blancas paredes hay varios cuadros de pinturas sencillas, y un retrato de caballero. Una luz.

La acción es quince años después del primer acto.

—

Óyese lejos la campana de la verja del jardín, que anuncia la llegada de una persona. Poco después sale CELLINI, embozado en lujosa capa. Sus ropas todas, elegantes y ricas, ofrecen gracioso contraste con las que usaba en Solar de la Montaña.

Cellini. Después de dar algunos pasos por la salita y mirando hacia la misma puerta por donde ha llegado. Nadie. Se asoma a la ventana. Nadie en el jardín. Hasta ahora no miente la carta. Sonó la campana de la verja, no he visto alma viviente, y hay luz en esta habitación. Esperemos. Más me pesa la capa que la aventura. Deja sombrero y capa en un mueble. La noche es tibia y perfumada, como para el amor. Amor es lo que aquí me trae: ¿será amor por lo que aquí me llaman? *Chi lo sa!*—que diría mi padre y

señor.—Desde aquí, a través de las frondas, y por cima de ellas se ven algunas luces de la ciudad. ¡Sevilla! ¡Tierra de leyendas y de ensueños, donde tòda locura es posible!... ¡En buen hora entré por tus puertas!... Pasea meditando. ¡El Duque de Él!... ¡el Duque de Él!... Suelta la carcajada. Berto Cellini, Duque de Él. ¡Bien suena el titulillo! Poco trabajo me costo adquirir sangre azul y título sonoro. El trabajo de discurrirlo no más. Se acerca a la luz y lee saboreándola una carta. «Duque de Él: a media legua escasa de la Puerta Macarena, y en la margen de acá del río, hay una quinta de recreo conocida por la Casa de los Jazmines. Ve esta noche a las diez recatadamente, que te importa. Y por si el importárte a ti solo no es bastante a encender tu curiosidad, ve, que me importa a mí. Llega a la verja, que cederá al impulso de tu mano, haciendo sonar una campana. Nadie saldrá a tu encuentro.» Así fué. «Sigue adelante por la ancha vereda del jardín, y anda sin temor hasta dar en la puerta de la quinta, que te parecerá que nunca llega, y que cederá también a tu mano.» Así ha sido. «Entra sin temor.» ¡Otra vez sin temor! Señora, no conocéis al Duque de Él. «Tampoco hallarás a nadie en la casa. En una salita de la derecha verás luz. Entra en ella, y espérame.» Y aquí estoy. «Una mujer.» Y aquí la espero. ¡Es ella! ¡Seguramente es ella! Suena la campana de la verja. Y ya está ahí. Aguarda anhelante la llegada de la mujer. Receloso. Sentiría que fuese todo una burla de los sevillanos. No, no es burla. Aquí está. ¡Y es ella! ¡Es ella! Sale ÁUREA, tapada con mantilla o velo. Señora... Áurea no puede hablar de emoción. Con un ademán le indica a Cellini que aguarde. ¿Qué le pasa? ¿Debo esperar a que se tranquilice? No crea usted... se me ha comunicado su emoción... Silencio. Cerraré esta puerta.

Aurea. Sin voz apenas. Sí.

Cellini. Sí. Lo hace.

Aurea. Suspirando. ¡Ay de mí!

Cellini. ¡Oh, voz divina! ¡Cómo no me engañé! ¡Y la oí en mi vida una vez tan sólo! ¡Y pasaron sin oírla más de quince años! ¿Por qué lo primero que vuelvo a oírle es un lamento?

Aurea. Entre lágrimas. ¿Es usted el Duque de Él?

Cellini. Lo soy, señora. ¡Como pudiera ser el archipámpano de las Indias! ¡Fuera de Dios, yo soy siempre quien quiero! ¡Áurea!

Aurea. Áurea, no; la Condesa de Miraluz.

Cellini. ¡La Condesa de Miraluz!

Aurea. Descubriéndose. ¡Cellini!

Se estrechan las manos.

Cellini. Te esperaba, te deseaba. ¡Qué hermosa!

Aurea. Hermosa, no.

Cellini. Es cierto: hermosa, no: ¡divina!

Aurea. No, Cellini, no; las lágrimas destruyen la belleza, y mis ojos han llorado mucho.

Cellini. Lo sé.

Aurea. No lo sabes. Cuanto una mujer llora, no lo sabe nunca más que ella. ¿Presumes a lo que aquí vengo?

Cellini. Tal vez... No sé... no lo quiero pensar. Sé que estoy ante ti; sé que bendigo esta cita misteriosa.

Aurea. ¡Oh! Esta cita... esta cita... Mucho vacilé antes de dártela... ¡Pero tú eres quien eres! Nada conozco de tu vida, pero eres quien eres. Esta certidumbre me decidió a llamarte. Temblando y llorando he llegado aquí... Tú no consentirás que llorando me vaya. ¿Verdad, Cellini?

Cellini. ¡Verdad! ¡Mil veces verdad!

Aurea. ¡Oh! ¡Qué ciega confianza tenía en esto!

Cellini. Pero, cálmate, Áurea. Reposa. Hablemos. ¡Qué momento! ¡Vale por una vida! ¡Qué noche! ¡Y creíamos habernos despedido para siempre allá en Solar de la Montaña, la tarde aquella en que, fingiéndome

ciego, llegué hasta ti! ¡Quién le dice al alma adónde va y cuál es su camino!

Aurea. ¿Te acuerdas de aquella tarde, Cellini?

Cellini. Si no me acordara no sería yo Cellini. ¿Te acuerdas tú?

Aurea. Más de una vez la he recordado en estos años. ¡Cellini!... ¡El Duque de Él!... Cuando te vi en los jardines públicos y me dijeron: «Aquel que allí va es el famoso Duque de Él», me quedé absorta al reconocerte.

Cellini. Pero, ¿me reconociste al momento?

Aurea. Al momento. Y comprendí en seguida también la leyenda que en Sevilla te envuelve. ¡Cellini! ¡Cellini el loco!... ¡El Duque de Él!... Siempre llena de misterio tu vida... Háblame... dime... ¿Qué es esto del Duque de Él? Oyéndote se calmará mi corazón... Habla, Cellini, habla, mientras yo descanso de esta inquietud... ¿Viven tus padres?

Cellini. Viven.

Aurea. Cuéntame tu historia. ¿Qué es esto del Duque de Él?

Cellini. Pues esto es, Áurea, que ser Duque de algo, puede ser privilegio de algunos; pero ser Duque de sí mismo, sólo me toca a mí. Yo no sé de otro.

Aurea. Riendo. Pero, bien, bien, explícame.. Esta grandeza, este rumbo, esta fastuosidad con que en Sevilla te paseas .. ¿Eres ya rico?

Cellini. ¡No tengo un doblón! Eso querría el dinero: hacerme suyo para esclavizarme y pudrirme el alma. ¡Jamás! No tengo un doblón. Y sin embargo, soy el Duque de Él, y no hay en Sevilla rico ni grande que no me rinda pleitesía, ni puerta que no se abra a mi nombre, ni villano que no me salude, ni mendigo que no me bendiga, ni mujer que no se asome a su celosía para verme pasar. ¡Soy el Duque de Él!

Aurea. Me harás reír de veras, Cellini.

Cellini. El origen de mi título sólo vas a saberlo tú. Pensaba yo que era el hombre más desatinado y loco del mundo, y rodando por el mundo adelante, di en París con un caballero escocés, al lado del cual soy un prodigio de equilibrio y cordura.

Aurea. ¡Dios del cielo, Cellini! ¡Cómo tendrá la cabeza el escocés!

Cellini. Algo daría yo por saber, no cómo la tiene, sino dónde la tiene ahora.

Aurea. ¡Jesús!

Cellini. Conocí a lord Wellington con ocasión de la venta de unas antiguallas de gran valor, en que comercio para vivir de algún tiempo a esta parte. Lord Wellington tiene todo el dinero que yo desprecio y más, y es caprichoso y maniático como un niño mimado o como un enfermo. De tal manera simpatizó conmigo, que a los tres días de hablarnos me trataba como si fuera hermano suyo. Te pintaré la historia a grandes pinceladas, porque estoy ansioso de que hables tú y no yo.

Aurea. Sigue.

Cellini. Soñaba lord Wellington con hacer un gran viaje por España, viaje de juventud, de arte, de amor y de locura, y se empeñó en hacerlo en mi compañía. Ocho meses llevamos ya rodando por toda ella, descubriendo tesoros y maravillas, admirando rincones, paisajes y mujeres, comprando joyas, tirando el oro, imaginando y realizando estupendas hazañas, como en un torneo de disparates. Algunas noches hemos dormido en una catedral, por sólo ver entrar la luna por las ojivas de colores, o por ver si los reyes muertos abandonaban en la soledad sus sepulcros de piedra y nos revelaban algún secreto de ultratumba. Algunas las hemos pasado en las calles desiertas, husmeando aventuras extraordinarias, que unas veces nos salían al paso y otras no. Algunas, también, dimos con nuestros huesos en la cárcel.

Aurea. ¿En la cárcel?

Cellini. Es claro. Fortuna, que con la misma facilidad entrábamos que salíamos. El oro de lord Wellington, manejado con largueza por mí, nos descorría sin rechinar todos los cerrojos. Al llegar a Córdoba, se enamoró mi hombre tan vivamente de una mujer, hallada al paso en una venta, que yo pensé que había llegado en serio a perder el poco seso que le quedaba. Me pidió entonces que continuara yo solo el viaje a Sevilla y que buscase hospedaje para él y para mí, y me aseguró que él vendría siguiéndome los pasos. Y hasta ahora.

Aurea. ¿Hasta ahora?

Cellini. No he vuelto a saber de lord Wellington.

Aurea. ¿Cuánto tiempo hace?

Cellini. Mes y medio; lo que llevo en Sevilla.

Aurea. Pero, ¿estará en Córdoba?

Cellini. Es posible.

Aurea. ¿Y qué piensas hacer?

Cellini. Esperarlo.

Aurea. ¿Esperarlo? ¿Hasta cuándo?

Cellini. Hasta que venga.

Aurea. ¿Y si no viene nunca?

Cellini. Sí vendrá. Así entré en Sevilla, y me pareció desde que entré mucho mi equipaje, mucha persona yo, muy grande y muy bella la ciudad para seguir no siendo más que el que fuí hasta aquel día. Me hospedé donde mejor pude y me llamé desde aquel punto y hora el Duque de Él. Busqué un criado de buena cepa sevillana, le llené la cabeza de fantasías, que por cierto no se encontraron solas, y no hizo falta más: él se encargó de propalar, no una leyenda, sino mil leyendas de su dueño y señor, que me dieron renombre en ocho días.

Aurea. Es verdad. A mí llegaron algunas de ellas: «El Duque de Él va a levantar un palacio en Itálica.»

«El Duque de Él quiere llevarse la Virgen de la Servilleta, cueste lo que cueste.» «El Duque de Él ha comprado varias paredes del Alcázar.» «El Duque de Él quiere fundar un hospital y un asilo como el de Don Miguel de Mañara.» «El Duque de Él viene huyendo de la justicia, porque ha matado a un noble en desafío.» «El Duque de Él viene a robar a una sevillana famosa.» «¡El Duque de Él!... ¡El Duque de Él!. .»

Cellini. ¡Oh! Ya que me hice Duque, había de serlo grande y dignamente. Y todo es pura imaginación. Hecho real, base para la credulidad de las gentes, no hay más que uno solo: el de la adquisición a peso de oro de una Concepción de Murillo. La vi y di en el acto cuanto me pidieron por ella, sin regateo alguno. Esto me conquistó la amistad de excelentes artistas. Frecuenté sus estudios, conocí en ellos a muchos grandes, mis iguales, visité sus casas y palacios, distinguiéronme todos con su simpatía, y aquí estoy. Y aquí me tienes, Áurea, poniendo a tus pies mi corona ducal, mis tesoros, mis grandezas todas, mi renombre, y sobre todas esas cosas y por lo mismo, mi corazón y mi fantasía.

Aurea. ¡Cellini! ¡Eres dichoso! Creas el mundo en que quieres vivir, y en él vives.

Cellini. Como no nací en el único que hubiera podido importarme, que es el que yo habría querido ofrecerte en lejanos tiempos, ahora ya, en cuanto me canso de un mundo, salto a otro.

Aurea. ¡Ay de mí!

Cellini. Otra vez tu lamento. Habla ya, Áurea; dime tus pesares; dime por qué lloras; por qué me llamaste esta noche; por qué viniste aquí. ¿Qué quieres, no del Duque de Él, sino del bienaventurado Cellini? Del que a ti se llegó una tarde como ciego, porque iba enamorado, y del que ciego te habló de amor por vez primera, y luego lloró muchas noches de haberte visto.

Aurea. Cellini, amigo mío, si es verdad que yo fuí la ilusión de tu alma de niño, y la quimera de tus veinte años arrogantes y soñadores, prométeme por esos recuerdos que has de concederme lo que te pida.

Cellini. ¿Nada más?

Aurea. ¿Me lo prometes?

Cellini. ¿Me lo preguntas?

Aurea. Yo he venido esta noche aquí, a esta quinta apartada, donde tantas horas paso con mis hijos, traicionando a mi esposo, comprometiendo mi nombre, en complicidad bochornosa con algunas de mis criadas, temblando de ansiedad y vergüenza; y cuando así he venido, Cellini, tú comprenderás que vengo por algo que para mí es tanto como la vida.

Cellini. De tu esposo hablaste...

Aurea. Sí, de mi esposo.

Mira el retrato, llamando la atención de Cellini, que también lo mira.

Cellini. ¡Oh! No había reparado... Señor mío, ¿estaba usted aquí? Con graciosa ironía. Perdóneme si al llegar no lo saludé como se merece.

Aurea. Cellini...

Cellini. Aquí estamos los dos, y aquí está ella. Mírala. Nunca supieron sus ojos lo que eran lágrimas, hasta que tú te miraste en ellos.

Aurea. ¡Cellini!...

Cellini. Áurea... compréndeme a mí tú también. Y mira que entre cuantas cosas me puedas pedir, sólo hay una que he de negarte.

Aurea. Pues ésa, ésa es la que a pedirte vengo.

Cellini. ¡No, Áurea, no!

Aurea. Ésa es. Considera que no podía ser otra. De improviso, con súbita alarma, prestando oído hacia el jardín. ¿Eh?

Cellini. ¿Qué?

Aurea. Calla.

Cellini. ¿Qué es?

Aurea. ¿No oyes?

Cellini. No... Nada oigo.

Los dos escuchan sin hablar.

Aurea. Sí; sí suena...

Cellini. Sí; ya sí. Un coche parece.

Suenan ahora en efecto, muy a lo lejos, los bulliciosos cascabeles de un cochecito que se va acercando.

Aurea. ¡Dios mío!

Cellini. ¿Qué temes?

Aurea. No sé, pero todo es posible. ¿Por qué me aventuré, Señor?

Cellini. Calma.

Aurea. ¡Se acerca! ¡Oh! ¡Se acerca! ¡Viene aquí! ¡Van a sorprenderme! ¡Viene aquí!

Cellini. ¿Pero de quién sospechas? ¿Quién pudiera haberte vendido?

Aurea. ¡Qué sé yo! La suerte, el azar, mi misma locura... ¡Vete tú, Cellini!

Cellini. Espera; esperemos.

Aurea. ¡Vete tú!

Cellini. No; yo no te dejo sola. ¿Quién sabe lo que puede ser?

Aurea. ¡Virgen mía!

El cochecillo, que un momento ha parecido estar delante de la quinta, sigue adelante su camino, bien ajeno a la tribulación que produce, y el rumor de sus cascabeles llega a perderse del todo en la distancia.

Cellini. ¿Qué?

Aurea. Dando un grito de espanto. ¡Ah!

Cellini. ¿Qué es eso?

Aurea. La puerta... sentí alguien en la puerta...

Cellini. Por Dios, Áurea, estás fuera de ti. ¿No oyes que se aleja el rumor?

Aurea. ¿Se aleja?

Cellini. ¿No lo oyes?

Aurea. Se aleja, sí... se aleja... se aleja...

Cellini. Y aquí no hay nadie. ¿Ves? Abre la puerta enteramente.

Aurea. Nadie... no hay nadie...

Cellini. Los del coche serán gente de fiesta, que irá a algún ventorro cercano.

Aurea. Sí... sí...

Cellini. ¿Qué tienes? Tranquilízate.

En el pecho de Áurea, combatido por tan diversas emociones, nace trabajosamente un sollozo que al fin rompe en sus labios y al que siguen copiosas lágrimas.

Aurea. ¡Madre mía!

Cellini. Áurea... no llores... Tranquilízate. Si no ha habido peligro alguno. Tranquilízate, Áurea. Te asustó lo singular de este momento, de esta cita...

Aurea. Me asustó, sí; me asustó... llegué al desvarío. Pero desvarío también es haber hecho lo que he hecho. Acabemos, Cellini.

Cellini. ¿Qué quieres?

Aurea. Jura decirme la verdad.

Cellini. Te lo juro.

Aurea. ¿Por quién?

Cellini. Por ti.

Aurea. Anhelante. ¿Es cierto que anoche, en una fiesta, en una zambra canallesca...?

Cellini. Es cierto. Ya ves que te adivino.

Aurea. ¿Es cierto que sonó allí mi nombre?

Cellini. ¡Es cierto!

Aurea. ¿Es cierto que abofeteaste...? Señala al retrato.

Cellini. ¡Es cierto!

Aurea. ¿Es cierto que surgió un desafío? ¿Es cierto que al amanecer de mañana...?

Cellini. ¡Es cierto; es cierto! ¡Tan cierto como que lo pienso matar!

Aurea. ¡No!

Cellini. ¡Sí!

Aurea. ¡No, Cellini, no! Porque dicen que tu espada es temible he venido a ponerme entre él y tú.

Cellini. Porque estás tú llorando entre él y yo es por lo que quiero matarlo.

Aurea ¡Si por eso lloro! ¡Sé noble ahora como siempre, Cellini!

Cellini Jamás nació el odio en mi alma más que para ese hombre. ¡Ah! ¡si él te mereciera!...

Aurea. Merézcame o no, de su amor nacieron mis hijos. Merézcame o no, yo lo quiero.

Cellini. ¿Lo quieres tú, Áurea?

Aurea. Lo quiero, sí. No busques la razón de este amor porque no la hallarás. ¡Lo quiero! Y nunca llegó a su alma mi ternura... y lo quiero; y nunca lo conmovieron mis lágrimas... y lo quiero; y siento en mi corazón su desvío, que es hielo que me quema las entrañas mismas... y lo quiero; y lo acaricio y huye, y lo sigo y se esconde, y lo llamo y no me contesta... y lo quiero; y ya no tengo más besos de él que los que él deja y yo voy a buscar ansiosa entre los cabellos de mis hijos... ¡y lo quiero! ¡lo quiero!

Cellini. ¡Pues malhaya ese amor insensato, que no debe ser! ¡Cada queja tuya me parece como que templa y afila más mi espada!

Aurea. ¡No!

Cellini. ¡Sí! ¡Sí, Áurea, sí! ¿No ves que te oigo a ti y aún me martillean el cerebro las palabras de él que me lanzaron a abofetearlo?

Aurea. ¿Cuáles fueron? ¿Qué dijo?

Cellini. ¡Qué dijo! ¡qué dijo! ¿Crees que yo he de repetirlo ante ti? ¡Oh! No me pedirías que no lo matara si pudieras saber lo que escupió aquel hombre, borracho ya, al beber más vino en los labios de una mujerzuela.

Aurea. Dando un grito de vergüenza, de celos y de ira. ¡Ah!

Cellini. ¿Qué?

Aurea. ¡Mátalo!

Cellini. ¡Sí!

Aurea. Rehaciéndose. ¡No, no, Cellini, no! ¡No me atiendas! ¡no me oigas! ¿Qué dije? ¡Mis celos son locos, salvajes! ¡Cuando me azuzan como lobos, capaz sería de matarlo yo misma por mi mano! Pero no me hagas caso, no; no me oigas, sino cuando te pido generosidad para él.

Cellini. Con dolorosa nostalgia; con rabia de sí mismo. ¡Ah, palacio de los Duques de la Fontana! ¿Por qué respeté tus muros carcomidos y rotos y no te incendié para sacar de entre las llamas lo que era mío? ¿Por qué fuí tímido y cobarde? ¿Por qué no busqué oro en el mismo centro de la tierra para ser poderoso? ¿Por qué no destrocé tu escudo, ridículo fantasma de piedra? ¿Por qué pensé que no era para mí un alma que ató Dios a la mía con lazo más fuerte que todas las mentiras y todas las verdades de los hombres?

Aurea. Cellini, basta ya. No deliremos ni tú ni yo. Mañana nos va a parecer esto una pesadilla tormentosa. Ya que el azar nos ha puesto otra vez en la vida frente a frente, que quede entre nosotros al despedirnos el mismo aire puro de aquel cercado de Solar de la Montaña en que me encontraste. No es la esposa torpe y locamente enamorada la que te ruega; es la cándida y sencilla muchacha que tomó la mano del ciego para sentarlo en las piedras que bordean el arroyo... aquel arroyo donde se recreaba en su propia belleza, vencida ya por el dolor.

Cellini. Áurea...

Aurea. Tampoco es aquella muchacha quien te pide que perdones y te alejes de aquí: es la niña rica del vestido de pescadora, con quien en su carroza fuiste a la ermita un día y a quien le diste unas flores y un beso.

Cellini. Silencio, Áurea; silencio ya. Sólo porque pensé librarte de tu tormento, ha sido posible que tú llegaras a suplicarme. ¿Qué me pides?

Aurea. Que renuncies a ese horrible duelo y que te alejes de Sevilla para evitarlo. ¿Lo harás?

Cellini. ¡Me lo pide la muchachita que se miraba en el arroyo!

Aurea. ¿Te irás antes de que amanezca?

Cellini. ¡Me lo pide la pescadorcita que tomó mis flores!

Aurea. Con gratitud. ¡Cellini!

Cellini. ¿Lloras?

Aurea. Lágrimas son estas también, pero no las de antes. Sólo en ser lágrimas se parecen.

Cellini. ¡Amor mío! Se acerca a Áurea, y cogiéndole con efusión una mano que ella le abandona, se la besa apasionadamente. La deja luego, y con graciosa ingenuidad dice, encarándose con el retrato. Perdone, amigo. Es lo menos a que tengo derecho. Sobre que entre una estocada en el corazón y un beso en la mano de Áurea, le concedo a usted lo más agradable. Áurea sonríe. ¿Te ríes de mi puerilidad?

Aurea. Me río, entre lágrimas, de tu locura, y bendigo tu bondad, tu grandeza. ¡El Duque de Él!...

Cellini. ¡El Duque de Él!... Muere sin que lo hiera espada alguna, pero muere digno de su nombre: lo mata una mujer hermosa. Saldré de Sevilla antes que alumbre el sol; te lo juro. Nadie pensará que fué miedo ni cobardía; bien se sabe quién soy. Noches ha, en la casa que llaman de los Duendes, terror y sobresalto de Sevilla entera, entré yo solo y acabé con todos ellos a cintarazos. «Por miedo no desapareció», dirán cuantos me conocieron. Y por Dios que he de darle a mi fuga misterio tan impenetrable, oscuridad tan densa, que más que como hombre de carne y hueso recordarán los sevillanos al Duque de Él como el espíritu temeroso de una leyenda.

Aurea. Espíritu de leyenda eres en mi vida. Leyenda de amor y de grandeza, Cellini. Adiós.

Cellini. ¿Ya te vas, Áurea?

Aurea. Y aun prolongué demasiado esta entrevista. Adiós. Esta luz, este aroma que sólo tú infundes en mi alma, me consuela de todo. Adiós.

Cellini. ¿No he de acompañarte?

Aurea. No. Un poco después que yo salga saldrás como viniste. A nadie has de ver.

Cellini. ¿Y tú y yo, volveremos a vernos algún día?

Aurea. Para siempre nos despedimos en el cercado, y no fué para siempre. Mi deseo es el de volverte a ver.

Cellini. Será sin buscarnos, como ahora. Seguro estoy de que si en tu vida hay algún momento en que sin llamarme me llamas, mis pasos me guiarán hacia ti.

Aurea. Adiós... hasta entonces.

Cellini. Hasta entonces... adiós.

Aurea. Adiós, Cellini.

Cellini. Adiós. Se estrechan nuevamente los manos y ella se va. Pausa larga. Cellini la mira alejarse. Después, volviendo a encararse con el retrato, grita con exaltación y arrogancia. ¿A qué miras, si tú no entiendes esto? ¡Entre ella y tú vivo ya eternamente yo! ¡Y ten además muy en cuenta que yo no soy el Duque de Él, sino Berto Cellini; que no sería la tuya la primera mujer a quien engañase; que cambio de opinión como cambia de rumbo el viento... que el brazo me está pidiendo una espada... y que aún faltan muchas horas para que amanezca! ¡Buenas noches! Se cala el sombrero, se encaja sobre los hombros la capa, y se marcha resueltamente, mientras cae el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Antesala en el suntuoso caserón que tienen en Madrid los Condes de la Selva. A la derecha del actor la puerta de entrada. A la izquierda una gran chimenea. Al foro cierro de cristales, tras el cual se ve el pintoresco jardín de la casa. En el rincón de la izquierda el arranque de una escalera que da acceso a las habitaciones interiores. Es una noche clara del mes de Enero. Una gran lámpara alumbra la estancia.

Han pasado treinta años desde el acto segundo.

—

Dentro, hacia la izquierda, suena el quejumbroso violín de un músico callejero, que se aproxima lentamente. Al llegar cerca del caserón cesa de tocar de improviso. A poco pasa de izquierda a derecha por el parque el viejo artista, bajo el brazo el violín, en dirección a la entrada de la antesala, por la cual aparece momentos después. Es BERTO CELLINI. Tiene barba y cabellos blancos y bien cuidados, y viste humildemente. Nadie diría que tan pobres ropas cubren el cuerpo del que hace treinta años se llamaba el Duque de É.

Cellini. Que pase... y que espere. Bien está. La noche es hermosa, pero fresca: noche pura del madrileño Enero. Agradece mi cuerpo este calor de la chimenea.

Se acerca a ella, dejando antes violín y sombrero, y se frota las manos. ¡Aaaah! ¿Qué me querrán estos señores? ¿Y quiénes serán ellos?... Según viven, nobles y ricos deben de ser... Esperemos. Pausa. Después de templarse un poco vuelve a coger sombrero y violín. ¡Mi violín! ¡Ciertamente, el humor no te falta, Cellini!

Por la escalera baja una señora venerable. ¡Ay! Es ÁUREA. Treinta años más pasaron por su hermosura. La expresión dulce y risueña de su rostro, se acentúa al ver al músico.

Aurea. Buenas noches.

Cellini. Señora, buenas noches.

Aurea. Usted será tan bueno que disculpe este atrevimiento mío.

Cellini. ¿Cuál, señora?

Aurea. El de hacerlo pasar aquí, deteniéndolo a usted en su marcha.

Cellini. Bien haya la ocurrencia de usted. La agradezco, lejos de tener que disculparla. Entre el frío sutil de la calle y el templado ambiente de esta estancia, mi viejo cuerpo no puede vacilar.

Aurea. No creí que tenía usted tantos años. ¡Vaya por Dios! ¡Verse en la necesidad de andar por esas calles con este frío!

Cellini. No me compadezca, señora. El frío es confortable a ratos. Sin contar con que en la casa de huéspedes en que vivo, hace mucho más frío que en la plaza de Oriente, aunque el patrón, que es ruso, ande siempre en mangas de camisa.

Aurea. ¡Qué buen humor!

Cellini. Buen humor y poco derecho a quejarme de la profesión que he escogido.

Aurea. Deje usted el violín y el sombrero, y siéntese.

Cellini. Con mil amores, señora mía.

Aurea. Tengo que pedirle un favor.

Cellini. Délo usted por hecho.

Aurea. ¿Sin saber lo que sea?

Cellini. Y deseando que sea un imposible.

Aurea. Diga usted lo que quiera, tiene buen humor.

Cellini. Es tesoro que no me quitan los años.

Aurea. ¿Es usted extranjero?

Cellini. Como usted guste.

Aurea. ¿Eh?

Cellini. Digo esto no por cortesía ni extravagancia, sino porque igualmente puedo llamarme español y extranjero.

Aurea. No me lo explico.

Cellini. Soy ciudadano español, señora; pero nací en Italia.

Aurea. Ya.

Cellini, que se dispone a mentir, como siempre, da al relato que sigue una ligera entonacion de burla.

Cellini. El sol de Nápoles abrió mis ojos a la luz. Mi madre fué una gran trágica, famosa en sus tiempos: Emma Trolli. Mi padre, cuyos apellidos y cuyos títulos son gloriosos, fué el Príncipe Filippo Malatesta. Se amaron él y mi madre con locura infinita. De aquel amor ardiente nací yo, que por las trazas tenía gran prisa de venir al mundo. Y ya iban a celebrarse las bodas con pompa y boato, y ya la princesa de la escena iba a ser también la Princesa Malatesta, cuando una mañana, en Venecia, amaneció asesinado el Príncipe mi padre bajo el célebre *Ponte dei Sospiri.*

Aurea. ¡Oh!

Cellini. La cabeza, bárbaramente mutilada, en una góndola; el cuerpo en las aguas, desangrándose y enrojeciéndolas en derredor.

Aurea. ¡Qué espanto!

Cellini. Fué sin duda terrible venganza de la familia del Príncipe Filippo, que odiaba a la comedianta famosa. Perdió mi madre la razón y yo a poco me vi en

la más dolorosa miseria. El sentimiento de la música me cantó en el alma. Un señor, que me tomó de criado un par de meses, me regaló un violín la noche de Reyes de aquel año. Desde entonces vivo de mi violín, que es mi constante compañero, y el eco de mi espíritu. Cuando lloro, llora; cuando río, ríe... El apellido que llevo es el de mi madre: Trolli. Ermete Trolli soy, pues, para servir a usted, señora.

Aurea. ¡Oh, señor Trolli! Tiene su historia una traza muy novelesca. Y vamos a la gracia que deseo de usted, para no retenerlo aquí demasiado.

Cellini. Mándeme libremente, señora mía. Debo gratitud especial a esta noble casa, ya que todas las noches, al pasar yo, se me da una espléndida limosna.

Aurea. Pues bien: oiga usted, que por la limosna es la gracia que quiero. Esa limosna se la manda a usted un niño.

Cellini. ¿Un niño?

Aurea. Sí; uno de mis nietos. Tengo cuatro.

Cellini. ¿Cuatro nietos tiene usted, señora?

Aurea. Cuatro.

Cellini. Yo tengo siete. Y si hubiera sospechado que la limosna de esta casa venía de las manos de un niño, puede usted creer que guardaría, sin gastarlas nunca, todas las monedas que de él recibí.

Aurea. ¿Pues?

Cellini. Porque nada hay más puro, ni que mayor emoción me cause, que la dádiva generosa de un niño.

Aurea. Es usted muy discreto, señor Trolli.

Cellini. ¡Bah!

Aurea. Pues este nietecillo mío, que a mí me va a sacar el sol de la cabeza, es travieso como un diablo, inquieto, vivo, de una imaginación, señor Trolli, que nos tiene alarmados.

Cellini. ¿Mucha imaginación, eh?

Aurea. ¡Un desatino!

Cellini. No les importe a ustedes. Ese caudal de la fantasía es patrimonio de los privilegiados de Dios.

Aurea. Así sea, y el Señor lo oiga a usted. Sigo con mi cuento. Ha de saber usted que el diantre del chiquillo ha dado en la flor de no dormirse ninguna noche hasta que usted pasa por aquí, desde que lo sintió pasar la primera.

Cellini. ¿Sí?

Aurea. Como se lo digo. Y se desazona y excita a tal extremo cuando tarda usted, que empieza a charlar disparates y a contar historias sin sentido, asustándonos a su madre y a mí. Estas noches últimas, en que usted ha pasado más tarde, no bastaban ya halagos ni amenazas para obligarlo a callar y a dormir. Y si rendido al cabo cogía unos instantes el sueño, soñaba con usted, y despertaba luego preguntándonos si le habíamos dado su limosna.

Cellini. Es particular. ¿Y cuando yo paso y me oye, descansa?

Aurea. Se queda en siete sueños el ángel mío.

Cellini. ¿Entonces, lo que usted desea?...

Aurea. Es que, si puede usted, pase con regularidad todas las noches, y un poco más temprano.

Cellini. Pasaré, pasaré.

Aurea. ¿No le perturba nada?

Cellini. No es eso sólo; sino que ya no tengo yo más que hacer en el mundo que pasar por aquí una noche y otra, a la hora que usted me ordene, arañando las cuerdas de mi violín, para que con su música sencilla, como canción de madre, se duerma ese niño.

Aurea. ¡Señor Trolli! Es usted la misma bondad.

Cellini. Señora mía, no soy sino un enamorado de mi arte; de la idealidad en la vida; de la poesía de las cosas. Por algún sitio pasaré toca que toca, y no faltará malhumorado que al oírme exclame: «¡Ahí va ese ras-

catripas!» No es mucho que me obligue de buen grado a pasar por donde sé que hay un niño que me espera para mandarme una limosna, y que si tardo pregunta con exaltación: «¿Pero no viene el viejo?» Señora, donde en el mundo hay una flor a mi alcance, yo la cojo siempre.

Aurea. Así como usted ha dicho pregunta él: «¿Pero no viene el viejo?» Prestando oído hacia la escalera. ¿Eh?

Cellini. ¿Qué, señora?

Aurea. La madre, que me llama. Seguramente ha despertado. Con permiso de usted.

Cellini. Sí, señora.

Aurea. Vuelvo, vuelvo en seguida. Sube.

Cellini. Aquí espero yo.—*Oh! simpatica e gentile è la vecchietta! Ed io sono un fantastico chiacchierone che muta di padre come di camicia. Cellini figlio del Principe Filippo Malatesta! C'è proprio da meravigliarsi!*

Silencio. En la escalera asoma Áurea, y le habla, sin bajar del todo y a media voz.

Aurea. Señor Trolli.

Cellini. Señora mía.

Aurea. En efecto, ha despertado el niño. ¡Está inquietísimo! Ha vuelto a preguntar por usted. ¿Será usted tan amable?...

Cellini. ¿Qué?

Aurea. Que toque el violín unos momentos, para hacerle creer que pasa usted ahora.

Cellini. Sí. Al instante.

Aurea. ¿Adónde va?

Cellini. A la calle, ¿no?

Aurea. No hace falta, señor; no hace falta. Toque desde ahí. Será igual la ilusión del niño.

Cellini. Como usted mande.

Aurea. Voy a decírselo a mi hija. Sube.

Cellini. Disponiéndose a tocar su instrumento. Chiquitín generoso y caritativo, hermanito de fantasía, oye una

cancioncilla que de niño me cantaron mil veces, y duérmete con ella soñando.

Toca con emoción suprema, y el viejo violín responde como nunca a su sentimiento y a su mano. La canción que toca es la del limosnero con que Áurea, una tarde de Mayo, alegró el cercado de Solar de la Montaña, donde él le habló. A punto de acabar está cuando Áurea vuelve a asomar en la escalera, y baja lentamente mirando con curiosidad y asombro a Cellini.

Aurea. Gracias, señor. ¡Qué canción más linda ha tocado! ¡Y qué diestramente lo ha hecho! Nunca me sonó mejor su violín.

Cellini. Nunca tampoco, señora mía, tuvo mejor empleo. Violín, si tienes alma, habrás temblado como yo. ¿Duerme ya el niño?

Aurea. Pronto dormirá. Y la madre llora en silencio, llena de gratitud. Y la abuela... la abuela... Sigue mirándole tenazmente.

Cellini. ¡Oh, músicos famosos del mundo, que soñáis con el aplauso loco de las multitudes, exaltadas por vuestro arte! ¡Aquí tenéis al viejo Trolli, músico callejero, que no cambia por vuestros clamorosos triunfos este aplauso callado del niño que duerme y la madre que llora!

Aurea. ¡Trolli!... ¡Señor Trolli!...

Cellini. ¿Cómo se llama el niño?

Aurea. Berto.

Cellini. ¿Berto?

Aurea. Berto, sí. Como uno de mis hijos también.

Cellini. Observándola atónito. ¿Uno de sus hijos también...?

Aurea. Se llama Berto. Como tú, grandísimo far sante.

Cellini. ¿Eh?

Aurea. Años implacables, ¿qué hicisteis con Aurea, que ya no la conoce Cellini?

Cellini. Temblando. ¡Dios de Dios! ¡Áurea! ¡Áurea! ¿Pero es posible esto?

Aurea. Ya ves si es posible, Cellini. Se dan las manos en silencio, mirándose a los ojos con emoción. Sí; yo soy, yo soy.

Cellini. ¿Y cómo no te reconocí apenas mis ojos te vieron?

Aurea. Porque tus ojos ya no ven y porque yo tampoco soy la que ellos vieron antes.

Cellini. ¡Oh, de qué modo me alegra este encuentro! Había perdido ya la esperanza de volver a verte. Pensé que no vivías.

Aurea. ¿No vives tú y eres más viejo?

Se miran otra vez enternecidos y se ríen.

Cellini. Áurea...

Aurea. Cellini...

Cellini. ¿Con quién vives, Áurea?

Aurea. Siéntate.

Cellini. Dime con quién vives.

Aurea. Con mi hija Cecilia.

Cellini. ¿Y tienes cuatro nietos?

Aurea. Cuatro. Y tú, siete, ¿no?

Cellini. Te diré...

Aurea. Ah, vamos, descienden todos del Príncipe Filippo.

Cellini. En línea recta. Se ríen los dos.

Aurea. ¡Que embustero has sido siempre, Cellini!

Cellini. Dime, Áurea, ¿vive el Conde de Miraluz?

Aurea. ¿Mi marido? No. Murió, va para quince años.

Cellini. ¡Oh! Yo debí matarlo hace treinta... conque no escapó mal del todo.

Aurea. Deja eso, Cellini.

Cellini. ¡Quince años! En el purgatorio ya estarán hartos de él.

Aurea. Respetemos a los que ya no son. Yo, por mi

parte, le he consagrado tantas oraciones, que bien creo haber salvado su alma.

Cellini. ¿De veras? Manantial de ternura es tu corazón. ¡Y qué gran placer si tu marido está en el cielo!

Aurea. ¿Por qué?

Cellini. ¡Porque ya no volveré a encontrármelo nunca!

Aurea. Ciertamente, que tú irás con zapatos a los infiernos, por mala lengua y por taravilla. Vuelven a reír. ¡Diablo de Cellini! ¿Cómo has venido a parar en músico ambulante?

Cellini. No; si no he parado aquí. Aún me quedan que ser muchas cosas en esta vida.

Aurea. Pues date alguna prisa, Berto

Cellini. Me es igual serlas o no serlas. Un pobre músico que vivía en la misma casa de huéspedes que yo y que me debía mil atenciones, me dejó al morir todo su ajuar, que era este violín y un frac de sus tiempos floridos. Yo aprendí a tocar el violín de niño, con mi padre. Ahora, de viejo, me ha parecido este que la suerte ha puesto en mis manos un amigo de la niñez que viene a recordarme aquellos días. Descansando él sobre mi hombro y yo inclinando sobre él mi cabeza cansada, erramos juntos por las calles en amor y compaña, recogiendo lo que nos dan.

Aurea. ¿Recoges mucho?

Cellini. Mucho. La música, aunque sea tocada por... nosotros, enternece los corazones. Luego voy a casa, me cambio de ropa y en un barrio más humilde que este, reparto las monedas recogidas aquí. Aquí soy el pobre viejo que toca el violín por las calles; allí soy un buen señor que da muchas limosnas. Lo que me dan por caridad, por caridad lo doy.

Aurea. De ese modo es nuestra vida, Cellini. Lo que nos dan, damos. Como tú las monedas que aquí recoges las repartes allá, así hacemos todos: lo que al nacer

nos dan es lo que damos en la vida. Quien nació con ternura en el corazón, su ternura; quien nació con veneno, su veneno. Digo esto por piedad de los malos. ¿Entiendes?

Cellini. Entiendo, sí. Es otra oración para tu marido.

Aurea. ¡A qué luz tan distinta se ven las cosas en estos años, cuando ya la nieve cayó sobre nuestras cabezas!

Cellini. ¿Recuerdas nuestra fogosa escena a la orilla del río Guadalquivir?

Aurea. ¿No la he de recordar, Cellini? ¿Es posible que ni tú ni yo olvidemos nada de lo pasado entre nosotros? ¡Con ser tan poco, ha sido tanto!... Y, sin embargo, ¿qué nos queda ya de aquella pasión tuya, de aquel ciego amor mío a quien nunca lo mereció?... La memoria... el rescoldo suave... estas débiles chispas de luz que ahora asoman a nuestros ojos y que pronto apagará el aire del invierno.

Cellini. ¿Fuiste alguna vez a Solar de la Montaña, a aquel cercado del arroyo?

Aurea. ¡Oh, Cellini! Yo te contaré. Desde la tarde aquella... desde aquella tarde... yo no volví al cercado hasta hace dos años.

Cellini. ¿Tanto tiempo sin ir por allí?

Aurea. Toda una vida. Parece imposible, ¿verdad?

Cellini. ¿Y qué? ¡Dime!

Aurea. Con mis nietos fuí. El lugar es el mismo: me pareció todo conservado por Dios así para hacer más grato mi recuerdo. Me senté en una de las piedras donde los dos estuvimos hablando y cerré los ojos... Y te vi llegar, y escuché tu voz en el aire... Y las aguas, al correr por entre las piedras, frescas y limpias, llevaban rumor de juventud y alegría, como entonces. Y las hojas de los árboles también cantaban una canción de primavera. ¡Oh! Todo igual que aquella tarde, Cellini...

Engreída con esta ilusión, que me acariciaba la frente como el aire, me asomé candorosamente a las aguas del arroyito... y ¡ay, Cellini!... ¡qué rumor tan distinto entonces el de sus ondas!... ¡qué distinta canción la de las hojas de los árboles!... Pasaron mis nietos jugando y se rieron de que la abuelita se estuviese mirando en las aguas... Yo me reí también... Después lloré un poco... Después... volví a reírme como ahora... Ríe entre lágrimas.

Cellini. ¡Ay! ¡El encanto de lo que fué!... ¡Las hojas secas en el suelo mirando a las ramas donde fueron verdes y tuvieron nidos de pajaros!... ¡Eso hacemos tú y yo!

Aurea. ¡Cellini, Cellini!... Si la vida es un sueño, la nuestra es más sueño que ninguna otra.

Cellini. Bien dices.

Aurea. ¿Volverás mañana con tu violín?

Cellini. Mañana y siempre. Volveré mientras el niño quiera. ¿Se llama Berto, de verdad?

Aurea. Berto se llama, como mi hijo y como tú. Es el único pecadillo de infidelidad que cometí en mi vida.

Cellini. Pues no has de condenarte por él. Hasta mañana, Áurea.

Aurea. Hasta mañana. Para siempre nos despedimos la vez primera; en Sevilla, para cuando el azar quisiera juntarnos; ahora... hasta mañana.

Cellini. Hasta mañana. Pero desde nuestro primer encuentro, en mi vida tú y yo en la tuya fuímos la poesía.

Aurea. ¡La poesía!

Cellini. ¡La poesía, sí, la flor de la vida! Flor que nace por donde quiera y está en todo. A veces es flor de realidad que, al tenerla junto a nosotros, perfuma el rincón en que vivimos; a veces, flor de luz que tiembla en el espacio y que, al acercar nuestras manos a ella, huye o se desvanece.

Aurea. Así fué la flor de nuestros amores.

Cellini. Así fué. En todas las vidas, Áurea, o en muchas, si no en todas, hay dos historias diferentes. La que van dejando en la tierra las huellas de nuestros pies, que arrastran el cuerpo miserable, y la que va tejiendo el alma libre por encima de nuestras frentes. ¡Felices los que logran juntar, siquiera en un momento, las dos historias de su vida! Parece entonces que se han posado en el corazón las mariposas del camino... ¿Hasta mañana?

Aurea. Hasta mañana... ¡Adiós el ciego de Solar de la Montaña... el Duque de Él... el músico ambulante!... ¡Adiós!...

Cellini. ¡Adiós... la poesía de mi vida! Hasta mañana, Áurea. Vase.

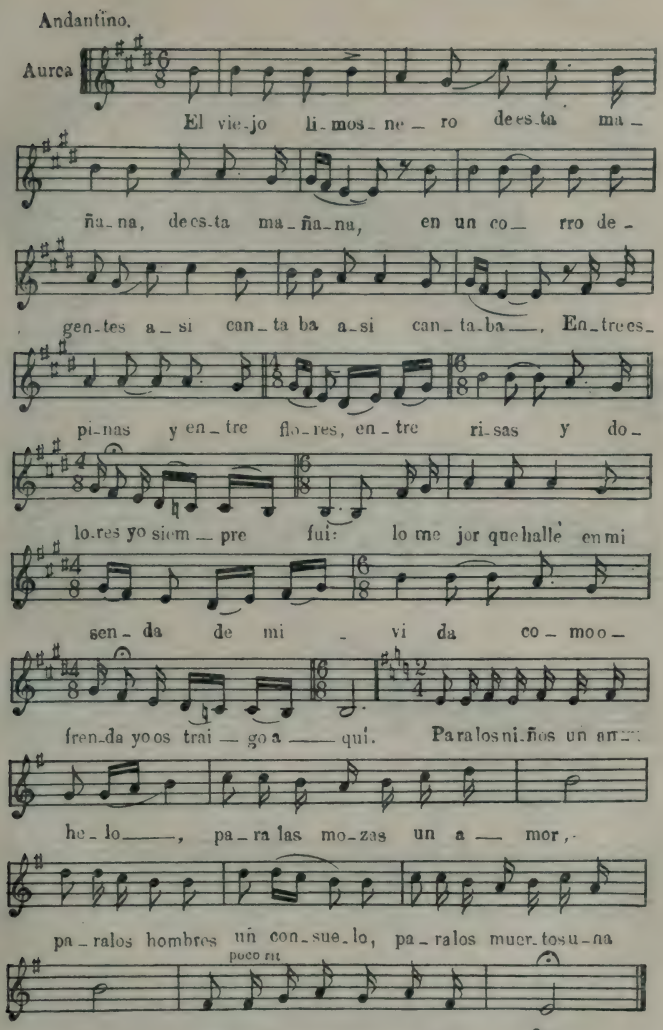
Aurea. ¡Poesía! ¡Flor de la vida! Es cierto: eres la dicha y el consuelo hasta en el dolor. ¡Quién pudiera sembrar tu semilla de luz y de oro en el corazón de ese niño que duerme! Óyese el violín de Cellini allá dentro, tocando nuevamente la canción del viejo limosnero. ¡Oh! ¡Cellini! ¡El violín de Cellini! ¡La canción de aquella tarde otra vez!...

Pasa Cellini de un lado a otro del parque mirando a Áurea mientras toca el violín, y se aleja tocando. Al llegar a la última estrofa, deja el violín de oírse. Áurea entonces, con voz velada por las lágrimas, la canta, completando así la melodía.

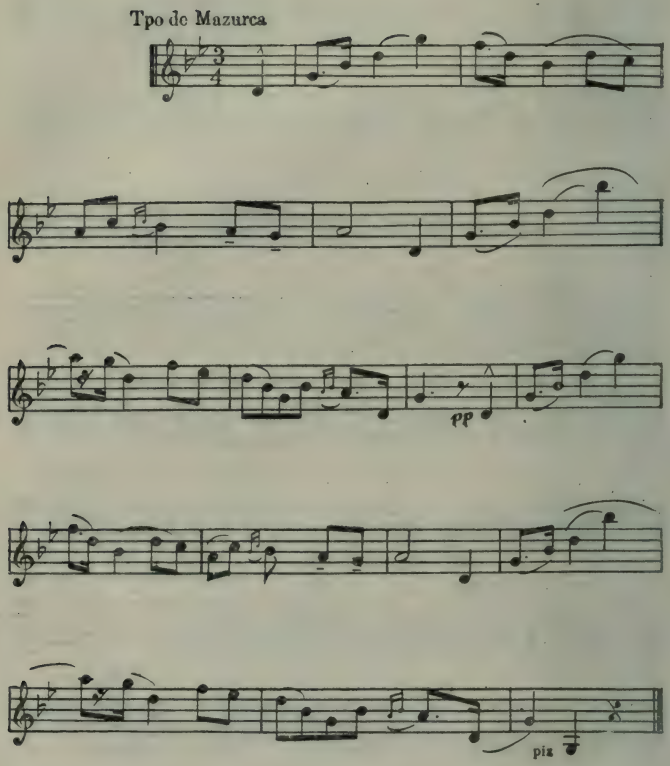
Para los niños un anhelo,
para las mozas un amor,
para los hombres un consuelo,
para los muertos una flor...

FIN DEL POEMA

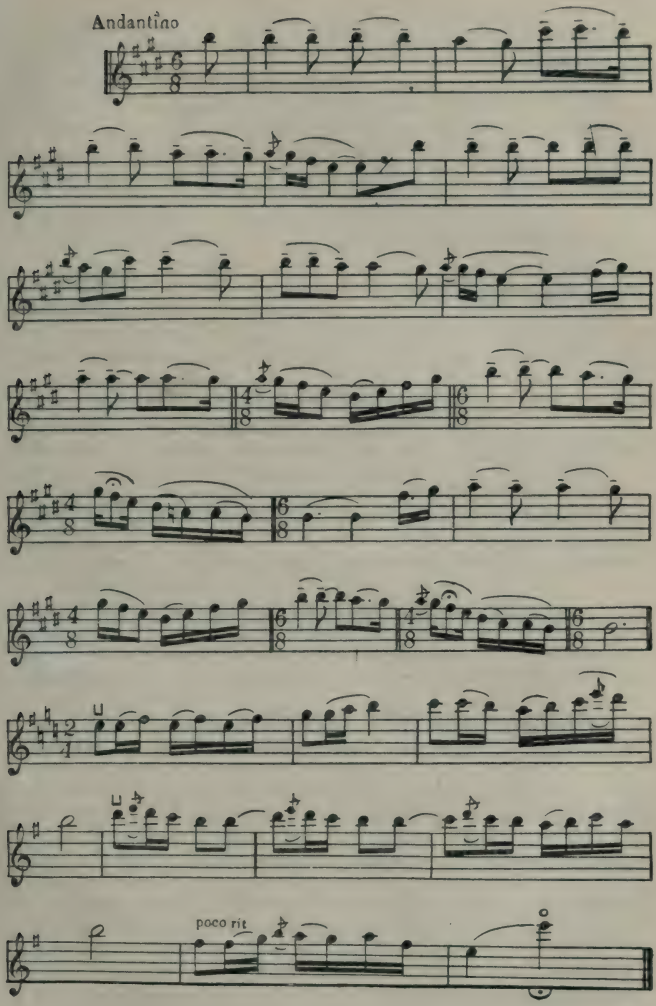
Madrid, Marzo de 1910.


Andantino.
Aurea
El vie-jo li-mos-ne-ro de es-ta ma-
ña-na, de es-ta ma-ña-na, en un co-rro de-
gen-tes a-si can-ta ba a-si can-ta-ba, En-tre es-
pi-nas y en-tre flo-res, en-tre ri-sas y do-
lo-res yo siem-pre fui: lo me jor que halle en mi
sen-da de mi vi da co-mo o-
fren-da yo os trai-go a qui. Para los ni-ños un an-
he-lo, pa-ra las mo-zas un a-mor,
pa-ra los hombres un con-sue-lo, pa-ra los muer-tos u-na
poco rit
flor, pa-ra los muer-tos u-na flor.

ACTO TERCERO (Violin dentro.)



ACTO TERCERO (Violín en escena.)



OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Publicadas por la *Sociedad de Autores Españoles:*

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (3.ª edición)
La media naranja, juguete cómico. (3.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (4.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (5.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (7.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.ª edición.)
El patio, comedia en dos actos. (5.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (3.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí. (2.ª edición.)
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (4.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.)
La azotea, comedia en un acto. (2.ª edición.)
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Las flores, comedia en tres actos. (3.ª edición.)
Los piropos, entremés. (2.ª edicion.)
El flechazo, entremés. (3.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.ª edición.)
Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.)
Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés. (2.ª edición.)
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (3.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros. (2.ª edición.)

La zagala, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia. (2.ª edición.)
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés. (2.ª edición.)
Morritos, entremés.
Amor a oscuras, paso de comedia.
La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El genio alegre, comedia en tres actos. (3.ª edición.)
El niño prodigio, comedia en dos actos.
Nanita, nana..., entremés con música del maestro José Serrano.
La zancadilla, entremés.
La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.
La patria chica, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí. (2.ª edición.)
La vida que vuelve, comedia en dos actos.
A la luz de la luna, paso de comedia.
La escondida senda, comedia en dos actos.
El agua milagrosa, paso de comedia.
Las buñoleras, entremés.
Las de Caín, comedía en tres actos.
Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.
Sangre gorda, entremés.
Amores y amoríos, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
El patinillo, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.
Doña Clarines, comedia en dos actos.
El centenario, comedia en tres actos.
La muela del Rey Farfán, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.
Herida de muerte, paso de comedia.
El último capítulo, paso de comedia.
La rima eterna, comedia en dos actos, inspirada en una rima de Bécquer.
La flor de la vida, poema dramático en tres actos.
Solico en el mundo, entremés.
Palomilla, monólogo.
Rosa y Rosita, entremés.

El hombre que hace reír, monólogo.
Anita la Risueña, zarzuela cómica en dos actos. Música del maestro Amadeo Vives
Puebla de las Mujeres, comedia en dos actos.
Malvaloca, drama en tres actos.
Sábado sin sol, entremés con música del maestro Francisco Bravo.
Las hazañas de Juanillo el de Molares, apropósito.
Mundo, mundillo..., comedia en tres actos.
Fortunato, historia tragi-cómica en tres cuadros.
Nena Teruel, comedia en dos actos y un epílogo.
Sin palabras, comedia en un acto.
Hablando se entiende la gente, entremés.
El amor bandolero, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Bravo y Torres.
Los Leales, comedia en tres actos.
La consulesa, comedia en dos actos.

Publicadas por la *Biblioteca Renacimiento:*

Comedias escogidas:

I.—Los Galeotes.—El patio.—Las flores.
II.—La zagala.—Pepita Reyes.—El genio alegre.
III.—La dicha ajena.—El amor que pasa.—Las de Caín.
IV.—La musa loca.—El niño prodigio.—Amores y amoríos.
V y último.—La casa de García.—Doña Clarines.—El centenario.

En tomos sueltos:

La rima eterna, La flor de la vida, Puebla de las mujeres, Malvaloca, Mundo, mundillo...., Fortunato, Nena Teruel, Sin palabras, Los Leales y La consulesa.

En preparación:

De la tierra baja, cuentos andaluces.
Las aventuras de Tartajilla (Apuntes de un maestro de escuela), novela para niños.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El Diablo Cojuelo.* Fernando Fe, Madrid.
Fiestas de amor y poesía, colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.

TRADUCCIONES

Al ITALIANO:

I fastidi della celebrità *(La vida íntima)*, por Giulio de Medici.
Il patio (Il cortile sivigliano), por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
I Galeoti *(Los Galeotes)*, por el mismo.
La pena, por el mismo.
I fiori *(Las flores)*, por el mismo.
La casa di García, por Luigi Motta.
L'amore che passa, por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Mattina di sole *(Mañana de sol)*, por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Amore al buio *(Amor a oscuras)*, por Luigi Motta.
Anima allegra *(El genio alegre)*, por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.
Al chiaro di luna *(A la luz de la luna)*, por Luigi Motta.
Le fatiche di Ercole *(Las de Caín)*, por Juan Fabré y Oliver.
Siora Chiareta *(Doña Clarines)*, por Giulio de Frenzi. Adaptación veneciana de Gino Cucchetti.
Il centenario, por Franco Liberati.
L'ultimo capitolo, por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Il fior della vita, por los mismos.
Malvaloca, por los mismos.
Ragnatele d'amore *(Puebla de las Mujeres)*, por Enrico Tedeschi. Adaptación veneciana de Carlo Monticelli con el título de *El paese de le done.*
La zanze *(La zagala)*, por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Al ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla *(El patio)*, por el Dr. Max Brausewetter.
Die Blumen *(Las flores)*, por el mismo.
Das fremde Glück *(La dicha ajena)*, por J. Gustavo Rohde.
Die Liebe geht vorüber *(El amor que pasa)*, por el Dr. Max Brausewetter.
Ein sonniger Morgen *(Mañana de sol)*, por Mary v. Haken.
Lebenslust *(El genio alegre)*, por el Dr. Max Brausewetter.

Al FRANCÉS:

Matinée de soleil *(Mañana de sol)*, por V. Borzia.
La fleur de la vie *(La flor de la vida)*, por Georges Lafond y Albert Boucheron.

Al HOLANDÉS:

De bloem van het leven *(La flor de la vida)*, por N. Smidt-Reineke.

167350

Author Alvarez Quintero, Serafin and Alvarez Quintero, Joaquin

Title La flor de la vida.

LS
A473flf1

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU